

El proceso de cambio de las teorías económicas

ENRIQUE MOLDES TEO

Universidad de Santiago de Compostela

1. INTRODUCCION

En este trabajo me propongo presentar y discutir diversos esquemas o aproximaciones conceptuales que facilitan la comprensión de la lógica del cambio de las teorías económicas. Un objetivo de esta índole puede parecer a algunos excesivamente ambicioso —los medianamente informados en la filosofía de la ciencia— y a otros —los economistas especializados en sofisticados modelos convencionales— un esfuerzo estéril y metacientífico. Personalmente, al menos por esta vez, me sitúo estratégicamente equidistante tanto de las profundidades de la «nueva filosofía de la ciencia» como de la problemática pormenorizada de la economía sustantiva. Pienso que, tal vez más que nunca, son necesarias aproximaciones sistemáticas, por supuesto, no distorsionantes o forzadas, en torno a la dinámica científica, especialmente cuando se trata de una ciencia social. El producto final, si es que se consigue, será el desvelar ciertas peculiaridades de la naturaleza de nuestra disciplina mostrando la persistencia de una pluralidad de enfoques y desechando todo dogmatismo de cualquier signo y forma que implique una visión exclusivista y unilateral de la ciencia económica.

Es evidente que la actual crisis económica demanda un cambio teórico, pues el modelo ortodoxo predominante está mostrando una clara incapacidad e incoherencia para explicar los nuevos fenómenos económicos. Por ello, es muy probable que estemos a las puertas de una nueva teoría o si se quiere de un cambio paradigmático. Pero la oportunidad del tema viene también confirmada por una reciente literatura extranjera de la que espero dar cumplida cuenta. Pienso que la breve historia de la economía como ciencia de poco más de dos siglos de relativa independencia de la «filosofía

moral» puede proporcionarnos fructíferas enseñanzas sobre las condiciones del cambio teórico y sobre lo que deberían hacer los profesionales de la economía en el momento en que aquellas condiciones aparecen.

En síntesis, el objetivo fundamental es llegar a un mejor conocimiento del proceso de cambio teórico en economía: cómo, cuándo y por qué surgen las teorías económicas; en qué medida se desplazan unas a otras y cómo progresa la ciencia económica —de forma rectilínea o cíclica—. El método de análisis consistirá en aplicar cuatro estructuras conceptuales aportadas por la filosofía de la ciencia: la lógica kuhniana, la dialéctica hegeliana, los programas de investigación de Lakatos y la sociología del conocimiento. Cada una de ellas puede constituir una óptica específica del desarrollo del pensamiento económico, pero al mismo tiempo supone una determinada concepción de la ciencia de indudable interés para el economista.

2. EVOLUCION. *VERSUS* REVOLUCION

La publicación de la obra de Kuhn *The Structure of Scientific Revolutions* (1962), constituyó el punto de partida de un replanteamiento considerable de la tradición epistemológica del positivismo (1). Según Kuhn las ciencias se desarrollan no por un proceso continuo de acumulación de hechos y técnicas como pretendía con frecuencia la filosofía tradicional, pero tampoco por contrastación continua de teorías como afirmaban los neopositivistas,

(1) El llamado neopositivismo o positivismo contemporáneo heredero de las concepciones de Comte y Mill, se desarrolla fundamentalmente a partir de los años 20 con el Círculo de Viena, del que forman parte figuras como Moritz Schlick, Rudolf Carnap, Friedrich Waisman, etc. Una línea semejante es seguida por Hans Reichenbach, así como por Wittgenstein y Popper, contemporáneos al movimiento de Viena. Sus características más significativas se encuentran en la defensa de un estricto empirismo y su sistemática valoración de la lógica matemática. La visión renovadora de Kuhn es debatida en el célebre Coloquio Internacional de Filosofía de la Ciencia celebrado en Londres en 1965 y que constituyó fundamentalmente un enfrentamiento entre Karl L. Popper y Thomas S. Kuhn, abriéndose una crisis evidente en el neopositivismo que tratan de explicar actualmente, entre otros, Imre Lakatos y Paul Feyerabend. Vid. LÁKATOS y A. MUSGRAVE (ed.): *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1975. Es de especial interés el estudio de introducción de J. MUGUERZA titulado «La teoría de las revoluciones científicas (una revolución en la teoría contemporánea de la ciencia)».

sino de acuerdo con un proceso sujeto a interrupciones periódicas, cambios de dirección y discontinuidades, oscurecidas por los historiadores al interpretar inconscientemente el pasado a la luz de sus preconcepciones metodológicas. Al contrario de la idea del crecimiento o progreso científico uniforme según el que la ciencia al igual que la naturaleza no da saltos, Kuhn establece su célebre distinción entre períodos de ciencia «normal» —ciencia dominada o presidida por un determinado paradigma y períodos de crisis— o de ciencia «extraordinaria» —que se caracterizan por la crisis del antiguo paradigma y su sustitución por otro nuevo—. Los paradigmas constituyen «relaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica» (2). La función del paradigma es regulativa o normativa y, además, cognoscitiva, ya que «no sólo proporciona a los científicos mapas, sino también algunas de las indicaciones principales (3) para interpretarlos». Un paradigma no es sencillamente una teoría, pues comprende «leyes, teorías, aplicación e instrumentación» (4) conjuntamente. Lo importante es que el paradigma permite a los científicos dar por sentadas las bases de su conocimiento y concentrar su atención en la solución de problemas concretos, «puzzles» o enigmas. Diríamos que durante la presencia de un paradigma aceptado, la actividad científica es relativamente pacífica y se hace más concreta; no se acaba, puesto que ningún paradigma es totalmente completo y siempre quedan enigmas que resolver. Pero a medida que esta actividad científica «normal» avanza, aparecen resultados inesperados o «anomalías» (en la coherencia interna del paradigma o en su correspondencia externa con los hechos observados). Al principio, dichas anomalías se descartan como irrelevantes o accidentadas, pero su acumulación incesante acaba siendo «crítica». De ahí surge un sentimiento

(2) KUHN: *La estructura de las revoluciones científicas*, F. C. E., México, 1971, pág. 13.

(3) KUHN: *Op. cit.*, pág. 174.

(4) KUHN: *Op. cit.*, pág. 34. Ante las críticas sobre la ambigüedad del concepto de paradigma, Kuhn, en un trabajo posterior, intenta dar una definición más precisa identificando paradigma con «matriz disciplinar». Un «matriz disciplinar» se compone de tres elementos compartidos por la comunidad científica: «generalizaciones simbólicas» —lenguaje, terminología o notaciones—, «modelos» —analogías preferidas— y «ejemplares» —soluciones de problemas concretos—. *Vid. Segundos pensamientos sobre paradigmas*, Editorial Tecnos, 1978, pág. 16.

de crisis por la insuficiencia cada vez más notoria del paradigma principal y desde entonces la investigación se desvía desde la solución de enigmas hacia el examen del propio paradigma (5). Pero cualquier afirmación que pone en tela de juicio el paradigma de turno provoca una reacción, ya que se está amenazando una tradición científica consolidada y una serie de compromisos a conceptos, teorías y criterios de realización científica. Finalmente, el triunfo del nuevo paradigma será debido más a una «experiencia de conversión» o una «transferencia de lealtad» que a una prueba concluyente y definitiva de su superioridad frente al derrotado (6). Por tanto, la dinámica científica seguiría la siguiente secuencia: Paradigma uno - período de ciencia «normal» o de explicación de anomalías - acumulación de anomalías - crisis o períodos de ciencia extraordinaria - surgimiento de un paradigma dos.

Esta concepción choca, pues, con la idea tradicional que consideraba al desarrollo científico como un arduo e incesante proceso mediante el que, poco a poco, cada individuo o equipo de investigación ofrecía un «valor añadido» al acervo siempre creciente. El nuevo punto de vista, la ya llamada «visión catastrófica» de la ciencia, viene a demostrar que los grandes descubrimientos, aun siendo gestados a veces durante largos períodos de tiempo, se producen precisamente de forma discontinua, en un determinado momento, por la concentración de anomalías o falta de correspondencia de un paradigma anticuado. Esto explica la coincidencia en el tiempo

(5) J. Muguerza, interpretando a Kuhn, nos indica los dos modos de ejercitar la racionalidad en el dominio de la ciencia: la racionalidad «intraparadigmática» (la propia de un científico medieval que no discute la vigencia de la astronomía ptolemeica) y la racionalidad «interparadigmática» (la del científico renacentista que en un momento crítico tenía que decidirse por Copérnico...), *op. cit.*, pág. 16.

(6) Se ha criticado el enfoque de Kuhn porque utiliza un criterio de veracidad «no objetivo», sino sociológico, es decir, de aceptación de un paradigma por la comunidad de científicos. El criterio tradicional (de Popper, por ejemplo) era el de que una hipótesis (o teoría) adquiriría el *status* de científica en la medida en que pudiese ser refutable por la experiencia. Por ejemplo, la hipótesis teológica de la bondad divina no es científica porque es, por principio, irrefutable. No obstante, la «nueva filosofía de la ciencia» parece orientarse en el sentido de que «las refutaciones de una hipótesis (o, generalizando, una teoría) científica no son nunca absolutamente concluyentes y que sólo podrían serlo en la medida en que haya otra teoría rival dispuesta a oficiar como teoría de recambio respecto de la recientemente refutada» (MUGUERZA: *Op. cit.*, pág. 42). Pero, es más, lo «objetivo» para el nuevo enfoque «no tiene otro sentido que el de lo intersubjetivamente compartido por un grupo de sujetos o, abreviando, lo "intersubjetivo"» (MUGUERZA: *Op. cit.*, página 26).

de descubrimiento por parte de diversos científicos. Es el momento en el que el viejo paradigma no resiste más anomalías y ha de ser desplazado y relegado al baúl de los recuerdos. La astronomía de Ptolomeo, la química flogística y la medicina humoral constituyen ejemplo de las ciencias naturales. El darwismo social puede servir de ejemplo de la antropología y la sociología.

¿La ciencia económica ha experimentado este peculiar desarrollo? En caso afirmativo, ¿en qué situación estamos en la actualidad?, ¿en un período de ciencia normal?, ¿en una época de concentración de anomalías y, por tanto, muy cerca de un cambio paradigmático?, ¿puede hablarse de paradigmas en economía o realmente la economía está en una fase preparadigmática o precientífica? Las respuestas son evidentemente complejas. Pero antes de intentar la contestación a las mismas, me parece oportuno un primer comentario sobre la dicotomía evolución-revolución. Como señala Zinam (7), ambos conceptos están asociados dialécticamente según su duración, su frecuencia y su comprensibilidad. Todos los cambios pueden ser colocados entre estos dos polos opuestos: evolución-revolución. Cambios frecuentes y poco importantes que se acumulan a lo largo de un período de tiempo, pudieran calificarse como evolución. Pero, ¿qué sucedería si este proceso «evolutivo» acabase dando un resultado diametralmente opuesto a aquel con el que empezó?, ¿se llamaría a esto una «evolución revolucionaria» o una «revolución evolutiva»...? En este sentido, los conceptos de revolución y evolución son demasiado vagos para ser aplicados a los cambios de la teoría científica. Es posible que en las ciencias de la naturaleza no se dé ese gradualismo revolucionario o revoluciones silenciosas, como no se entienda por ello el proceso de desintegración del paradigma principal.

A. N. Coats (8), el primero de los economistas que se interesó en aplicar el análisis kuhiano a la historia del pensamiento económico, opinaba en 1969 que tal enfoque ofrecía un especial interés para los economistas, dada su tendencia a imitar los métodos de las ciencias naturales, y, sobre todo, porque cualquier signo de movimiento antipositivista, como el que comentamos, aportaría

(7) O. ZINAM: «Search for a Logic of Change in Economic Theories: Evolution, Revolutions, Paradigmatic Shifts and Dialectics», en *Rivista Internazionale di Scienze Economiche e Commerciali*, febrero 1978, pág. 181.

(8) A. W. COATS: «Is There a Structure of Scientific Revolutions in Economics?», *Kyklos*, vol. 22, núm. 2, 1969, págs. 289 y sigs.

nuevas luces a la interminable discusión sobre la economía positiva y normativa (9). No obstante, Coats piensa que el desarrollo de la ciencia económica parece más «uniformista» o «evolucionista» que las ciencias naturales y que, a pesar de la crítica persistente y frecuentemente penetrante de numerosos autores heterodoxos (por ejemplo, socialistas, institucionalistas), la ciencia económica ha estado dominada a lo largo de su historia y hasta época muy reciente por un solo paradigma: la teoría del equilibrio económico mediante el mecanismo del mercado. Pero, considerar como único paradigma la teoría económica ortodoxa es discutible, entre otras razones porque la misma no encontró una aceptación general y supone una clara exclusión de la actividad científica heterodoxa. Desde luego es evidente que resulta difícil de aplicar a nuestra disciplina el nuevo marco interpretativo, ya que, como señala el propio Coats, las teorías económicas son normalmente menos rígidas y convincentes que sus equivalentes de las ciencias naturales. «De aquí que pocas veces representen un reto manifiesto a la tradición científica establecida, encontrando con más frecuencia el olvido, el escepticismo e incluso el desprecio antiintelectual, que una hostilidad abierta» (10). En general, las teorías económicas presentan una vida más larga que las de las ciencias naturales, ofrecen una mayor resistencia al desplazamiento de unas por otras y reaparecen con nuevos ropajes una y otra vez. Este es el caso, entre otros, de la teoría cuantitativa del dinero que una vez considerada errónea y superada fue redescubierta y revitalizada por M. Friedman y sus discípulos de la Escuela de Chicago. En economía, las teorías más que desplazarse, se superponen o suplementan y manifiestan una evidente tenacidad o resistencia a su derrumbamiento. Es posible que esto constituya un signo de inmadurez de las disciplinas económicas y que estemos todavía en una fase precientífica o preparadigmática o que la economía como ciencia esté sufriendo una perenne distorsión ideológica y que realmente la diversidad de aproximaciones teóricas represente la racionalización de intereses políticos y de clases sociales. Bronfrenbrenner (11) nos habla de una

(9) Tal vez la mejor síntesis de esta discusión se encuentre en T. W. HUTCHINSON: *Economía positiva y objetivos de política económica*, Ed. Vicens, Barcelona, 1971, cap. I.

(10) COATS: *Op. cit.*, pág. 293.

(11) Es uno de los economistas actuales que más se ocupa del tema. Vid. «The "Structure of Revolutions" in Economic Thought», en *History of Political Economy*, Spring, 1971, pág. 140.

peculiar conducta de los científicos sociales, la del «negativismo ilógico» (sencillamente, no acepto esta teoría porque no me gusta, no sé en qué está equivocada, pero no la considero relevante). Ello podría explicar cómo aportaciones valiosas se ven condenadas a un evidente «ostracismo» temporal, porque no encajan en el sistema de ideas dominante. Zinam (12) hace la observación de que «los nuevos conceptos económicos —especialmente los que requieran una modificación sustancial del paradigma establecido— encuentran la resistencia causada por la inercia, la tradición, la adhesión sentimental a la manera de pensar habitual y a los modelos favoritos y por intereses creados de aquellos cuya posición, prestigio y poder están basados en la doctrina aceptada».

Por las razones apuntadas, resulta difícil una apreciación no forzada de desarrollo de la economía bajo la óptica kuhniana. Pero, ver un solo paradigma y un solo cambio paradigmático, el keynesiano, como hace Coats, es restringir la historia de nuestra disciplina al modelo ortodoxo, a la secuencia clásica, marginalistas-neoclásicos-keynesianos. ¿Es que no han existido, insisto, otras alternativas teóricas de rango paradigmático? Es evidente que la escuela histórica y la marxista, en sus replanteamientos importantes, siguen desafiando el tronco fundamental de la teoría económica, y, por ello, podríamos pensar que actualmente nos encontramos con diversos paradigmas en conflicto. El esquema 1, tomado de Zinam (13), sería aceptado sin reparos por la mayoría de los historiadores del pensamiento económico y pone de relieve varias líneas de pensamiento que persisten actualmente y que nunca fueron capaces del monopolio científico, y menos hoy, a comienzos de la década de los ochenta, cuando la que podía hacerlo, la teoría ortodoxa, muestra una indudable debilidad y estrechez para afrontar los retos de la estanflación, crisis energética, agotamiento y contaminación del hábitat, nuevo marco de relaciones laborales y de relaciones reales de intercambio entre países, etc.

Es curioso observar cómo los historiadores de la ciencia económica aplicaron el calificativo de revolución a replanteamientos del modelo ortodoxo y no lo hicieron así para el caso de una teoría tan revolucionaria como la marxista. En general, se destacan tres revoluciones científicas —no en el sentido kuhniano—. La primera

(12) *Op. cit.*, pág. 184.

(13) *Op. cit.*, pág. 178.

estaría constituida por el surgimiento y desarrollo de la escuela del «laissez-faire», que comienza en la fecha convencional de 1776, con la publicación de la *Riqueza de las Naciones*, de A. Smith (algunos autores, entre ellos Bronfenbrenner, prefieren la fecha de 1752, en la que se publican los *Discursos Políticos*, de Hume, precursor de Smith en tantas cuestiones económicas positivas y normativas). La segunda revolución comienza con la disolución de la escuela clásica y se origina en torno a 1870; es la revolución marginal que surge simultáneamente (en esto se ajusta bastante al esquema kuhniiano —en varios países y con desarrollos paralelos—. Uno de ellos, la escuela neoclásica de Cambridge, bajo la dirección de A. Marshall y su sucesor A. C. Pigou, se constituiría como la más relevante de la tradición ortodoxa. La tercera es la revolución keynesiana (14), que surge durante la gran depresión y cuya fecha convencional es, como se sabe, el año 1936, fecha de publicación de la *Teoría general*, de Keynes. También aquí hay hitos precursores reconocidos, como *La Competencia Monopolística*, de E. H. Chamberlin, y la *Competencia Imperfecta*, de J. Robinson, obras aparecidas en 1933, que venían a desmitificar la idea de la «competencia perfecta». Estas son las únicas revoluciones «convencionales» —en el doble sentido de que se parecen poco a las revoluciones de las ciencias de la naturaleza o kuhnianas y que se produjeron en el marco de la teoría económica convencional—.

Estas revoluciones convencionales no alteran sustancialmente la situación teórica a la que parecen oponerse. La revolución keynesiana, aun constituyendo desacuerdos importantes con respecto a la doctrina inmediatamente precedente, tuvo sus raíces en la tradición clásica de Adam Smith, Maltus e incluso en el pensamiento mercantilista; pero, además, parte de la doctrina anterior permaneció como válida. Esto supuso el «legado» para la actualidad de una dicotomía micro-macroeconomía bastante discutible y una evidente ambigüedad en cuanto al papel del gobierno en el sistema económico. En definitiva, el keynesianismo no estableció una etapa enteramente nueva y diferente. Como dice Zinam (15), «mientras las controversias marginalistas-keynesianas se pueden comparar con una riña familiar que acaba en reconciliación, la separación de las

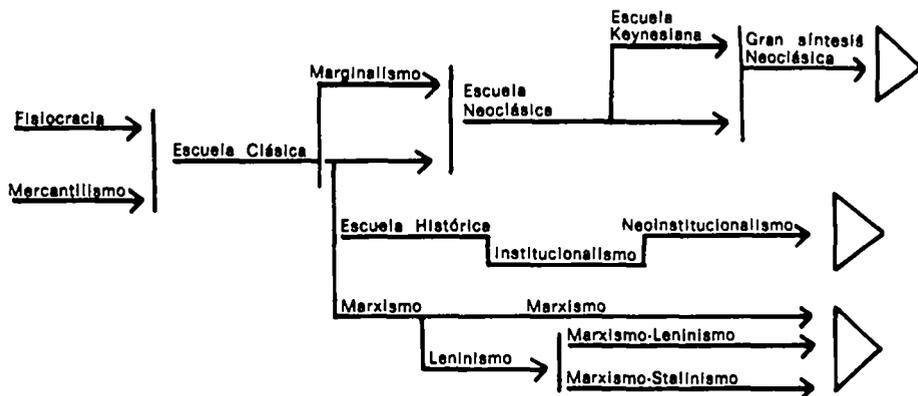
(14) Como verdadera revolución la había calificado en 1947 el Premio Nobel de Economía de este año, Lawrence R. Klein.

(15) *Op. cit.*, pág. 181.

escuelas históricas-institucionales y marxistas con respecto a aquéllas se parece a un divorcio con sólo esperanzas lejanas de que las partes lleguen a un acuerdo». La razón de ello es que no hay ni siquiera un acuerdo elemental en torno a los supuestos básicos. Tal vez el único puente entre economía ortodoxa y marxista pueda construirse algún día a través del desarrollo de la escuela institucionalista.

En efecto, frente a la idea del comportamiento racional, egoísta y libre del hombre, el pensamiento marxista habla de conciencia de clase y un ser socialmente determinado. No obstante, el institucionalismo parte de un amplio punto de vista considerando al hombre como un ser sociopolítico-económico complejo. Por otro lado, no existe, según el marxismo, una sociedad individualista y con armonías atomísticas, sino una sociedad colectiva, organizada y basada en el conflicto. El punto de vista institucional resulta mediador también en esta cuestión: hay una sociedad altamente organizada sujeta a cooperación y conflicto. Mientras el sistema de ideas e ideologías vienen determinadas fuera del sistema económico según la tradición ortodoxa, para los marxistas éstas vienen determinadas para cada clase y por «los modos de producción»; los institucionalistas defienden la interacción mutua entre ideas y factores ambientales reconocidos y tanto sistema de ideas como preferencias se someten a estudio. En otros conceptos y asunciones básicas se puede apreciar tanto el alejamiento entre paradigmas como el por ahora débil pero cierto engarce a través del institucionalismo.

ESQUEMA 1



Desde luego, el enfoque neoclásico es el más definido. Hay una línea de pensamiento bastante clara que comienza con la renovación de la economía clásica de Smith y Ricardo por los marginalistas Jevons, Menger y Walras, y que culmina en dos obras fundamentales: *Los Principles*, de Marshall, y los *Foundations*, de Samuelson. Frente a ella las aportaciones de los institucionalistas que comienzan con las de Veblen y Commons y siguen actualmente con las de Ayres, Galbraith, Means y Myrdal, no ofrecen esa unidad o terreno común que aparece en el neoclasicismo. Concretamente Ayres, en 1962, afirmaba que todavía hoy no está claramente definido el conjunto de principios sobre los que los institucionalistas están generalmente de acuerdo y por el que se les conoce. Pero si hay algo en común entre todos los institucionalistas es su insatisfacción por la teoría ortodoxa del precio. Para Hamilton, la más importante diferencia entre institucionalismo y neoclasicismo radica en que el primero está basado en una concepción del mundo darwinista, mientras que el segundo se basa en una concepción newtoniana. Pero tal vez la característica más significativa del paradigma institucionalista —si es que se le puede llamar así— es su enfoque interdisciplinario. Para los ortodoxos, los economistas institucionalistas son algo así como economistas generales, sociólogos o periodistas. Myrdal, un institucionalista, Premio Nobel de Economía de 1974, decía en 1972 que «la ciencia económica actualmente se enfrenta a una grave crisis que será mucho más revolucionaria que la keynesiana y se observará un rápido desarrollo... hacia el institucionalismo y que con el tiempo se verá que la mayor parte de las sofisticadas teorías aclamadas actualmente no son sino aberraciones temporales llenas de superficialidad e irrelevancia... La economía ortodoxa, pretendiendo ser estricta, precisa y rigurosa, descuida sistemáticamente los supuestos y los conceptos implicados que demasiado a menudo, ni son lógicamente consistentes ni se ajustan a la realidad» (16).

A conclusiones parecidas a las apuntadas hasta ahora llega Reynolds (17). En efecto, piensa que los cambios de la economía ortodoxa —que aquí llamo revoluciones convencionales— son tan sólo

(16) G. MYRDAL: *Against the Stream. Critical Essays on Economic*, New York, 1972. Traducido al castellano por Ed. Ariel, Barcelona, 1980, págs. 23-26-45 (ed. castellana).

(17) Vid. L. REYNOLDS: «The Nature of Revolutions in Economics», en *Intermountain Economic Review*, vol. 7, 1976, págs. 25-33.

reformulaciones de un único paradigma. Pero veamos con cierto detenimiento la postura de este autor y su argumentación, ya que supone al mismo tiempo una aguda crítica del paradigma tradicional.

Es evidente que si hacemos una comparación superficial de *La Riqueza de las Naciones* con cualquier revista actual de teoría económica, sacamos la impresión de que se produjo un cambio efectivo en la metodología y, por ello, creemos en el progreso de la ciencia económica. No obstante, en seguida percibimos que los sofisticados modelos actuales revelan bien poca información, especialmente para las decisiones públicas. Es cierto que en el pasado reciente (época keynesiana) los economistas parecían ofrecer algunas soluciones viables para resolver los problemas económicos. No obstante, también lo es que, mientras efectivamente se trataban las manifestaciones de estos problemas, sus causas reales permanecían desatendidas. Las soluciones de la economía ortodoxa ofrecida por keynesianos, postkeynesianos, monetaristas y algún otro grupo se muestran evidentemente incapaces de funcionar eficazmente en el contexto político-económico actual. Una prueba de ello es la política de controles de precios y salarios de los años setenta (y antes también), que supone el reconocimiento de que los instrumentos monetarios y fiscales fracasan en la obtención de los resultados deseados. ¿En qué medida es congruente esta política con los indicados modelos?, ¿dónde está el libre mercado de bienes y factores?, ¿cómo hemos llegado a esta situación en la que la política económica no es mínimamente coherente con la fundamentación científica? Hay, pues, razones para esperar un cambio en el pensamiento económico en aras de la coherencia y compatibilidad teoría-acción. Cabría presentar la cuestión de otra forma, ¿es que estos controles son expedientes de urgencia y transitorios? El contexto político-económico parece indicarnos otra cosa. Si es así, está claro que tenemos las bases para pensar en una auténtica revolución en el pensamiento económico.

D. F. Gordon afirmaba, en 1965, que «el postulado de Smith de maximización individual en un mercado relativamente libre y la sucesiva aplicación del postulado a la amplia variedad de cuestiones específicas es nuestro paradigma básico» (18). En este sentido,

(18) D. F. GORDON: «The Role of the History of Economic Thought in the

tanto el marginalismo como el keynesianismo no supusieron alternativas paradigmáticas. Para comprender esto ha de partirse de un análisis de los elementos del pensamiento económico. Cualquiera admitiría que se pueden identificar al menos tres elementos dentro del mismo, que pueden cambiar en distinto grado y época. Estos elementos son el ideológico, el científico y el práctico. J. Robinson, Schumpeter, K. Boulding, por citar los que más han insistido en el tema, reconocen la existencia de proposiciones ideológicas al lado de proposiciones científicas. Por supuesto, es muy difícil llegar a un acuerdo en cuanto a la definición de la ideología. De forma amplia, podría ser todo aquello que constituye el código moral o de valores comunes de una sociedad, y aquellos que los intereses creados (*vested interest*) tratan de imponer a la propia sociedad. Además de los mencionados elementos científicos e ideológicos aparece el pensamiento sobre la acción, el elemento práctico, que sin entrar en mayores profundidades podría indentificarse con la economía normativa.

El hecho es que la ciencia económica ortodoxa se ha construido sobre la base de una estructura conceptual que podría quedar determinada por varios componentes —Reynolds destaca cinco, aunque podrían ser más (19)— que persisten en la mayoría de las interpretaciones del mundo occidental. Veamos brevemente cada uno de ellos. 1. Las proposiciones científicas desarrolladas sobre la base de la llamada por Gordon «maximización individual» y que ha dado origen a los modelos sobre la formación de precios, teoría de juegos, programación lineal y, en general, a la rama de la investigación operativa. Dichos modelos se centran sobre la maximización del «bien» y la minimización del «mal». 2. Otra proposición que ha de ser incluida en la estructura conceptual ortodoxa es la noción de propiedad privada. Al menos de momento, las «mayorías» de los países occidentales no cuestionan la propia existencia de la propiedad privada. 3. Intimamente relacionado con la propiedad

Understanding of Modern Economic Theory», en *American Economic Review*, mayo 1965, vol. 55, págs. 119-127. Citado por Reynolds.

(19) En el trabajo citado de Zinam se ofrecen bastantes más. En definitiva, de lo que se trata es de definir la «matriz disciplinar» o paradigma ortodoxo y sus alternativas. Tanto Reynolds como Zinam quieren llegar a esto, pero la conceptualización de Zinam es más amplia. Véase, además, su trabajo «Search for a Broader Paradigm in Economics: Organization, Power, Preference, and Effective Freedom», en *Rivista Internazionale di Scienze Economiche e Commerciali*, año XXII, mayo 1975, núm. 5.

privada está el mecanismo psicológico del deseo adquisitivo, el ansia de extender las adquisiciones de bienes materiales como si las necesidades fuesen ilimitadas. 4. La ética del trabajo puede considerarse asimismo como un componente que ha influido profundamente en el pensamiento económico originando modelos macroeconómicos de pleno empleo. La noción de adquisitividad y propiedad privada llevan a la construcción de modelos para la estabilidad de precios. 5. Finalmente, ha de incluirse en esta estructura conceptual la analogía de la mecánica que los economistas han tomado prestada de la física newtoniana. En busca de la «cientificidad» los economistas se han circunscrito a los modelos teóricos de las ciencias físicas. Es bien conocida la protesta de Voñ Mises, que afirmaba que el estudio de la economía ha sido, una y otra vez, dirigido equívocamente por la vana idea de que la ciencia económica ha de proceder de acuerdo con el modelo de otras ciencias. Curiosamente, en esto M. Friedman se aleja bastante de su colega «ideológico» Von Mises, ya que para él la economía positiva es, o puede ser, una ciencia objetiva... en el mismo sentido que cualquiera de las ciencias físicas.

De esta naturaleza peculiar y compleja de la ciencia económica debe derivarse un proceso de cambio teórico o de revoluciones científicas distintas al de las demás ciencias. Los tres elementos descritos —ideológico, científico y práctico— han de mantener un cierto grado de compatibilidad. Cuando alguno de estos elementos alcanza un nivel de inconsistencia que no puede ser racionalizada, se puede decir que se ha dado el paso hacia una revolución en el campo económico. En este caso es necesario un ajuste teórico para que se pueda posponer el cambio de paradigma. En términos de Kuhn, será necesario ensayar numerosas articulaciones y modificaciones *ad hoc* en la teoría para eliminar cualquier evidente conflicto. Este fue el papel desempeñado por Keynes en los años treinta y por las escuelas utilitaristas del último tercio del siglo pasado. No obstante, insistimos, la estructura conceptual permanecía sustancialmente inalterada.

Pero, además, el sistema puede funcionar durante extensos períodos sin un cambio revolucionario a causa de la inercia y especialmente de lo que A. Lowe (20) llama *escapements* (escapatorias

(20) A. LOWE: *On Economic Knowledge*, New York, 1965, pág. 65, citado por Reynolds. Puede verse un interesante comentario al enfoque de A. Lowe

o salidas provisionales). Estos mecanismos que permiten la continuidad de un sistema que se deteriora por falta de coherencia interna han sido, entre otros, el incremento de la demanda debida al incremento de población, innovaciones técnicas que requieren inversiones, abundancia de recursos disponibles, movilidad de factores de la producción, y para Marx el imperialismo. Pero cuando estas «salidas» se hacen más angostas y menos operativas, el ajuste estructural se vuelve necesario y las condiciones del cambio teórico se ven fortalecidas.

Hay, además, otra serie de fuerzas que parecen acercarnos a una revolución en el pensamiento económico. Una de ellas es el necesario control del medio ambiente que exige acciones directas y el abandono de la filosofía del capitalismo según la cual el entorno físico y social era el resultado de las actividades individuales de empresarios y consumidores. Es evidente que la voluntad de aplicar la tecnología al control del medio físico y social es un síntoma de, y una fuerza para, el cambio. De todo ello se deriva que las posibilidades de «remendar» la estructura conceptual de la economía ortodoxa se hacen cada vez más difíciles y las decisiones a nivel práctico, por ejemplo, control de precios y salarios, aparecen como francamente contradictorias. De aquí que sea necesario un nuevo paradigma.

La argumentación de Reynolds hasta aquí expuesta es, sin duda, coherente y fructífera. Constituye, en síntesis, una perspectiva para mostrar el desfase y estrechez del paradigma ortodoxo con relación a las actuales circunstancias. Desde otros ángulos, a lo largo de este trabajo, se irá mostrando esta misma idea. No obstante, la cuestión reside en si las alternativas verdaderamente revolucionarias, la de Marx, Veblen o Georgescu-Roegen están suficientemente elaboradas para hacer el papel de recambio paradigmático.

Como he indicado más arriba, Myrdal también cree que estamos en una etapa de cambio drástico en el pensamiento económico. Pero su fundamentación es más bien sociológica, ya que la «causa básica es la importancia política que está adquiriendo en los Estados Unidos y en todo el mundo el problema de la igualdad» (21).

y sus «escapement mechanisms» en HEILBRONER: «Is Economic Theory Possible?», *Social Research*, vol. 33, núm. 2, 1966, págs. 272-294.

(21) MYRDAL: *Op. cit.*, pág. 23.

3. DIALECTICA HEGELIANA DE TESIS-ANTITESIS-SINTESIS

Hemos visto cómo los paradigmas económicos no se desplazan mutuamente y perviven compitiendo durante largos períodos de tiempo. Nacen dentro de un sistema económico que tratan de interpretar de acuerdo siempre con unas directrices o parámetros conceptuales cuya realidad es siempre discutible, sobre todo cuando las condiciones objetivas de aquel sistema están cambiando constantemente. Mientras la naturaleza está ahí, permanece inmutable y trascendente al hombre, el orden económico-social está sometido a una dinámica permanente. Son muy distintas las condiciones económicas y sociales del siglo pasado de los actuales países subdesarrollados y las de una sociedad post-industrial. De ahí que el poder explicativo de las teorías económicas sea decreciente a medida que se vayan produciendo tales cambios. De esta forma, una nueva teoría emerge partiendo de supuestos diferentes y da una explicación antitética con respecto a la anterior. La situación permanece hasta que surge otra teoría de carácter más general que reconcilia las dos anteriores antagónicas como formulaciones o casos especiales.

Así pues, una dialéctica elemental hegeliana de tesis-antítesis-síntesis puede constituir un mecanismo óptico, una estructura conceptual útil para aproximarnos a la emergencia y desarrollo de las teorías económicas. Este es el enfoque de Bronfenbrenner expuesto en varios de sus trabajos (22) y que seguiremos aquí con ciertas matizaciones. Para este autor, la teoría de Kuhn «se parece a veces a un sofisticado nieto o bisnieto de la dialéctica hegeliana o marxista» (23). La tesis equivaldría a una o varias teorías, por ejemplo en el sistema ricardiano, la ley de los rendimientos decrecientes y de la renta diferencial. Con el transcurso del tiempo (período de ciencia «normal») esta doctrina se va convirtiendo en dogma, y lo más significativo es que se comienza a arrancar de ella implicaciones apoloéticas que amenazan la clase dirigente (por ejemplo, la desarmonía económica entre trabajador y capitalista o entre terrateniente y resto de la sociedad) o que consolidan los sistemas vigentes (por ejemplo, la idea de «competencia perfecta», que de

(22) Además del trabajo citado de 1971, *vid.* «Trends, Cycles, and Fads in Economic Writing», en *American Economic Review*, vol. LVI, núm. 2, mayo 1966. Inicialmente en su trabajo «Contemporary Economics Resurveyed», en *Journal of Political Economic*, vol. 63, 1953.

(23) BRONFENBRENNER: *Op. cit.* (1971), pág. 139.

instrumento de conocimiento (24) pasa a utilizarse como defensa del sistema de mercado como único mecanismo, natural e ideal de organización económica). Este falseamiento ideológico de la realidad, aparte de la insuficiencia de las tesis originales para captarla en su totalidad, constituye una de las causas de que surjan las antítesis. Del conflicto entre tesis y antítesis aparece con frecuencia una síntesis que supone un apuntalamiento de la ortodoxia o tesis original que se ve corregida estratégicamente o ampliada para amortiguar el impacto de las antítesis. A veces éstas sobreviven «hibernando en una especie de submundo intelectual y permanecen antitéticas durante varias generaciones» (25). Veamos cómo se puede articular la historia del pensamiento económico en base a esta dialéctica.

La economía anterior a A. Smith o a Hume estaba integrada por una extraña mezcla o colección de proposiciones éticas, mercantilismo, fisiocracia, además de un cuerpo bastante considerable de *laissez-faire* embrionario. Se puede apreciar, no obstante, una tesis y una antítesis en relación con el sector económico que más íntimamente está ligado a los intereses de la sociedad y que, por ello, merece un especial estímulo y protección. Para los mercantilistas el sector a estimular es el de los comerciantes y fabricantes que se dedican directa o indirectamente al comercio de exportación o a la provisión de bienes sustitutivos de importaciones. El objetivo básico era la consecución de una balanza de pagos favorable y los mecanismos una política intervencionista con primas a la exportación y altos aranceles para la importación. El contrapunto de esta idea (antítesis) lo ofrecieron los fisiócratas que identificaron los intereses de la sociedad con los de sus clases agrarias; la agricultura no sólo no era más productiva que el comercio de exportación, sino que constituía la única actividad que originaba un producto neto.

La síntesis clásica o del *laissez-faire*, procedente de Hume y Smith, surgió en el sentido de que no había ninguna clase económica que representase los intereses generales de manera exclusiva. La doctrina del *laissez-faire* no sólo suponía la mínima intervención del Estado en la vida económica, sino también su absoluta neutralidad ante los diversos sectores económicos. Los intereses de todas

(24) Vid. F. A. VON HAYEK: «Il sistema concorrenziale como strumento di conoscenza», en *L'Industria*, enero-marzo 1970, págs. 34-50.

(25) BRONFENBRENNER: *Op. cit.* (1971), pág. 141.

las clases son más bien complementarios que competitivos. Es la idea de las armonías económicas, de las que nos habla Bastiat, uno de los últimos clásicos en su libro *Les armonies economiques* (1850). Quizá se podría pensar que la doctrina ricardiana de la distribución de la renta rompe la idea de armonía entre clases económicas-terratenientes, asalariados y capitalistas. Pero, como señala E. James, Ricardo, como liberal convencido, «no pidió nunca personalmente una reforma agraria. El único remedio que preconizó contra el aumento continuo de la renta de la tierra... fue el libre cambio. Se trataba de crear una competencia entre las tierras viejas, estrechas y gastadas de Inglaterra y las tierras jóvenes e intactas del Nuevo Mundo que producían a menos coste» (26). Además, los trabajadores y patronos tenían intereses comunes en el progreso económico y, en particular, en la acumulación por medio del ahorro de un amplio «fondo de salarios». Pero, aun admitiendo esta interpretación, es bien cierto que la doctrina ricardiana llevaba implícita la quiebra de las armonías económicas y uno de los gérmenes de la doctrina marxista. En efecto, las objeciones principales o antítesis a la economía clásica se apoyaron en primer término en la dudosa armonía entre clases sociales que se desprendía de la obra de Ricardo. Las precarias condiciones de los trabajadores, el desempleo que acompañaba al desarrollo de la industria, plasmadas en la literatura, como en la novela de Dickens *Hard Times* («Tiempos difíciles») (27), hacían de la armonía entre clases sociales una pura especulación sin fundamento real. Pero, además, el carácter deductivo e hipotético de los razonamientos (especialmente en el caso de Ricardo) y el olvido sistemático de la demanda (con excepción de Malthus) supusieron nuevas fuentes de antítesis. En Alemania la tradición cameralista había constituido una antítesis permanente a las ideas económicas liberales. Las escuelas románticas e históricas de la economía eran inductivas, nacionalistas y proteccionistas en sus implicaciones. Las generalizaciones de los clásicos se consideraron inútiles, ya que cada país y época tenían una economía peculiar. No obstante, la discusión metodológica requerida por esta antítesis no se produce entre los economistas alemanes y los clásicos, sino bastantes años más tarde, en la década

(26) E. JAMES: *Historia del presente económico*, Aguilar, Madrid, 1963, página 96.

(27) Citado por Bronfenbrenner (1971).

de 1880, entre los economistas históricos inductivos representados por G. Schmoller y los economistas utilitarios deductivos representados por Menger. Es la famosa *Methodenstreit*, que fue sólo posible por la renovación teórica de la economía deductiva.

De todo ello surgió la gran síntesis neoclásica, cuyo máximo representante fue A. Marshall, que, en sus *Principles of Economics* (1890), ofrece, en palabras de Bronfenbrenner, «un gran compendio de paradigmas». El aspecto sintético más destacado de esta obra son las llamadas «tijeras marshallianas». La hoja de la oferta de las tijeras es la clásica teoría del coste real de Ricardo, la hoja de la demanda es, sin embargo, la teoría de la utilidad marginal, tomada más de Stanley Jevons que de cualquier autor austriaco. De este modo Marshall sintetiza los dos principios opuestos. Pero, además, el método de Marshall es fundamentalmente sintético en el sentido de que al lado de los razonamientos deductivos, va acumulando evidencias inductivas, datos históricos y casos especiales, utilizando todo tipo de material, tal como lo habría hecho A. Smith. La única antítesis olvidada por Marshall, sin duda conscientemente, fue la marxista, ofreciendo tan sólo pasajeras referencias a Marx.

Las tesis marshallianas permanecieron invariables en las sucesivas ediciones de sus *Principios*, y por obra de A. C. Pigou en Inglaterra y F. N. Taussig en los Estados Unidos. Pero las antítesis no se hicieron esperar. Surgen, en primer lugar, con la crítica de la competencia pura que se opera como hemos indicado en los años treinta con las obras citadas de Chamberlin y Robinson. La «competencia perfecta» se ve desplazada por los análisis del monopolio, parcial o total como supuestos más realistas y cuyo lejano origen se encuentra, como es bien sabido, en los *Principios matemáticos de la teoría de la riqueza* de Cournot (1838). Otra antítesis no menos importante emerge con la gran depresión. Su intérprete, Lord Keynes, demostró convincentemente por qué la economía capitalista no alcanza automáticamente el equilibrio con pleno empleo, ya que, aparte de otros argumentos, la oferta agregada no crea su propia demanda agregada (Ley de Say). Pero, además, las críticas del historicismo y marxistas no cesan y son especialmente agresivas con la teoría de la utilidad marginal. Allá por los años veinte, el hijo de J. Bates Clark, J. Maurice Clark, consideraba que la teoría utilitaria suponía «una pasión irracional por la racionalidad desapasionada», y desde luego no puede dejar de mencionarse al más «tenaz

adversario del pensamiento marginalista» (28) o el gran antitesista T. Veblen, con su *The theory of leisure class* (1889) (29). Veblen, C. Ayres; N. Mitchell y otros institucionalistas americanos, destacaban asimismo el carácter estático de la economía ortodoxa.

Después de la segunda guerra mundial se desarrolla una nueva síntesis. De los textos corrientes, el que más ha influido ha sido el de Samuelson, *Economics*, así como también sus *Fundamentos del análisis económico*. La doctrina dominante, en su aspecto macroeconómico, sigue siendo la antítesis keynesiana de que el pleno empleo no se obtiene ni mantiene de forma automática y que se requieren especialmente diversos mecanismos de política fiscal para ello, aun a riesgo de alguna inflación (fundamento de la política de *stop and go*). En el aspecto microeconómico se desarrollan los análisis de la competencia imperfecta y monopolística iniciados por Chamberlin y Robinson en los años treinta. Samuelson llamó a todo esto «síntesis neoclásica». No obstante, a esta combinación de ideas nacidas en aquellos años, debe añadirse los análisis sobre el crecimiento económico y los especiales problemas de los países subdesarrollados, olvidados por Keynes, que se centró en los problemas a corto plazo, ya que «a largo plazo todos estamos muertos». Desde el punto de vista metodológico, es necesario indicar el desarrollo de la economía estadística o econometría, que deja a un lado los grandes problemas económicos sociales, para presentar teorías sobre cuestiones concretas y en forma refutable.

Pero ¿cuáles son las antítesis actuales? Desde luego, es necesario destacar una bastante moderada como es la de M. Friedman y su escuela de Chicago. Otra más consistente y antagónica es la economía lineal de la investigación operativa de la llamada «revolución Sraffa» (30), nacida en la Universidad británica de Cambridge. Se trata de un determinismo tecnológico aplicado al sistema económico y a la planificación centralizada, aunque deja la distribución básica de la renta en manos de las decisiones de la política pública. Los primeros premios Nobel se otorgaron a dos representantes de esta antítesis, Ragnar Frisch y J. Tinbergen; pero existen dudas de

(28) E. JAMES: *Op. cit.*, pág. 262.

(29) Sus presupuestos metodológicos se encuentran en su artículo «Why is Economics not an Evolutionary Science?», en *Quarterly Journal of Economics*, julio 1898, págs. 373-397.

(30) Vid. P. SRAFFA: *Production of commodities by means of commodities* (1960), traducida al castellano por Ed. Oikos, Barcelona, 1975.

la compatibilidad de este tipo de planificación, especialmente en la versión de Frisch, con el mantenimiento de la libertad personal.

Otra antítesis que ha de ser calificada como importante es el impacto que las ciencias conductistas de la psicología y la sociología comienzan a tener en la economía ortodoxa. Los conductistas consideran que los individuos y las organizaciones actúan motivadas más por alcanzar ciertos niveles de aspiración que por maximizar satisfacciones o beneficios. Muchas empresas se plantean metas múltiples sin buscar ciegamente el máximo beneficio como creían los neoclásicos y a veces una tasa de crecimiento adecuado o relaciones laborales satisfactorias, pueden ser tan importantes como el máximo lucro. Pero lo cierto es que las posiciones conservadoras están sacando partido de este nuevo enfoque de la competencia imperfecta que de este modo se hace más agradable para el público. La réplica son las etiquetas de «feudalismo comercial» y de «corporaciones sentimentales». En esta nueva aproximación, Galbraith, en su *Nuevo Estado industrial*, fundamenta un peculiar intervencionismo de restricciones públicas a la gran empresa y el control de precios. También las teorías conductistas están teniendo su impacto en la teoría del crecimiento económico al destacar como factores básicos consideraciones sociales y no exclusivamente económicas como se hacía tradicionalmente. Se supone, en efecto, que una sociedad en que el deseo o necesidad del éxito personal es más fuerte que la consolidación de la posición heredada, tendrá expectativas de desarrollo más elevadas que aquellas en que se da el caso contrario.

No menos importante es el impacto que está teniendo sobre la ciencia económica la innovación y el cambio técnico inducido. Para la economía ortodoxa el progreso técnico era un factor exógeno. La nueva economía hace de la innovación una parte del propio sistema argumentando, por ejemplo, que una alta participación de la mano de obra en el producto de una industria incitará la actividad inventiva para disminuir el trabajo y emplear mayores dosis de capital. Pero, también de ello se han sacado implicaciones conservadoras, ya que el monopolio y la competencia imperfecta son los únicos sistemas capaces de soportar el riesgo y la innovación y acumular fondos para tales investigaciones. No obstante, la réplica surgió de inmediato: es necesaria la subvención pública para contrarrestar el cuasi-monopolio de la gran empresa, única capaz de

llevar a cabo investigaciones organizadas y de equipo de forma permanente.

Además de las mencionadas antítesis, por supuesto, sobreviven las de épocas pasadas, entre ellas las marxistas. Una de éstas es la llamada economía radical de la nueva izquierda, que constituye más bien una mezcla de marxismo, anarquismo e igualitarismo utópico, que un sistema de ideas sustantivas. Se trata, en resumen, de un movimiento intelectual y de acción que difiere sustancialmente de los parámetros generalizados de la sociedad actual. Su objetivo es llegar a un esquema o proyecto de sociedad futura con bases radicalmente diferentes, generalmente utópicas, como pueden ser una sociedad cooperativa y no competitiva, armónica y no de conflictos de clase, etc. El primer paso hacia este objetivo bastante indefinido, es un análisis crítico de la organización y sistema de valores presentes y al mismo tiempo la búsqueda de estrategias para el cambio. Algunos de los considerados precursores de este movimiento difieren bastante de los puntos de vista mantenidos en la actualidad. Es el caso de Veblen y, en cierta medida, de H. George. Otros como H. D. Thoreau, E. Bellamy y D. De Leon encajan mejor en este tipo de movimiento (31).

Pero, dejando a un lado estas antítesis radicales, ¿qué conclusiones podemos sacar del enfoque dialéctico aquí expuesto? Podrían ser las siguientes: a) Que la dialéctica hegeliana puede ser un enfoque idóneo para este tipo de estudios sobre la lógica del cambio de las teorías económicas. Estudios de mayor profundidad podrían explicarnos el origen de diversas teorías y tal vez demostrarnos con más precisión y claridad el desarrollo dialéctico de la ciencia económica. Como se puede apreciar por este trabajo, la síntesis más clara es la realizada por Marshall de la teoría objetiva y subjetiva del valor. Pero podrían diseñarse otras con la misma nitidez. b) La tesis ortodoxa presente que surge de la síntesis neoclásica posee alternativas o antítesis preparatorias de una nueva síntesis futura ¿neoclásica-institucionalista? c) En la ciencia económica, como destaca Bronfenbrenner, las aportaciones importantes tienden a ser grandes *accretions* (acreciones o yuxtaposiciones), sin el rechazo correspondiente de los paradigmas existentes. Las teorías utilitarias del valor no desplazaron a las teorías del coste excepto en los

(31) Vid. D. R. FUSFELD: «Types of Radicalism in American Economics», en *American Economic Review*, marzo 1973, págs. 145-151.

casos especiales; en general, la teoría de la utilidad y de la preferencia han acaparado el lado de la demanda, dejando la oferta para la teoría del coste de producción. El pensamiento económico marxista, después de todo, no ha desplazado a la ciencia económica burguesa en ningún país que mantenga un mercado libre de ideas, aunque influyó en el nacimiento de la moderna macroeconomía. Es difícil pensar en algún importante principio de la ciencia económica prekeynesiana que fuese desplazado permanentemente por Keynes, excepto algunos consecuencia de la rigidez de precios, salarios y tipos de interés, así como posiblemente la famosa identidad de Say. Sin embargo, nadie, por ello, negaría la importancia de su Teoría General. La conclusión es que en economía, al menos de momento, no poseemos de experimentos cruciales y de paradigmas suficientemente definidos para avanzar de otra manera.

Hay que reconocer, no obstante, que este enfoque dialéctico presenta algunos inconvenientes, como han mostrado Hutchinson y Hicks (32). Si uno intenta construir un esquema del proceso del cambio teórico basado en la dialéctica de tesis-antítesis y síntesis se encuentra con la dificultad de distinguir entre tesis y síntesis en cada una de las escuelas económicas. Nace una síntesis con Hume y Smith, y luego aparecen unas tesis clásicas con Smith, Ricardo y los Mill (padre e hijo). Lo mismo sucedería con la distinción entre síntesis y tesis marshallianas. La única explicación es la de que el desarrollo de la síntesis origina nuevas tesis, naciendo otra fase dialéctica. Tampoco está suficientemente claro el proceso de degeneración de las tesis y la emergencia de antítesis.

4. METODOLOGIA DE LOS PROGRAMAS DE INVESTIGACION

En esta exposición de modelos de aproximación al desarrollo científico de la economía no podemos dejar de mencionar el enfoque, reciente y polémico, de los programas de investigación científica de Lakatos (33). Según esta metodología, los grandes descu-

(32) T. W. HUTCHINSON: *On revolutions and progress in Economic Knowledge*, Cambridge University Press, 1979, pág. 309; asimismo, J. HICKS: «Revolutions in Economics», en *Method and Appraisal in Economics*, Ed. S. Latsid, 1976.

(33) Vid. I. LAKATOS y A. MUSGRAVE: *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge University Press, 1970 (en castellano, Ed. Grijalbo, 1975).

brimientos científicos son programas de investigación que pueden evaluarse en términos de problemáticas progresivas y estancadas; las revoluciones científicas consisten en que un programa de investigación reemplaza a otro, superándolo de modo progresivo. Las refutaciones de una teoría no son nunca definitivas a no ser que surja una nueva teoría que ofrezca una explicación mejor, es decir, que exceda en contenido empírico —interpretación de nuevos hechos— a la anterior. La tesis tradicional era la de que el progreso de la ciencia venía determinado por la refutación de teorías a través de la experimentación. Dado que no es posible diseñar un «experimento crucial» que dé pruebas infalibles de la inviabilidad de una teoría, Lakatos considera que «el progreso viene indicado por instancias que verifican un exceso de contenido más que por instancias falsadoras» (34). En otros términos, «el científico no opera presentando sus teorías al tribunal de la experiencia y esperando a que ésta le diga taxativamente 'no'; por el contrario, se embarca en un programa de investigación y lo mantiene contra viento y marea hasta tanto que el cúmulo de anomalías —esto es, de hechos dejados fuera de la teoría— lo acabe convirtiendo en inservible y haya, claro, otra teoría o programa de investigación dispuesto a reemplazarlo» (35). Pero, ¿en qué consiste un programa de investigación?

Para Lakatos (36), un programa de investigación consta de tres partes: 1. Un «núcleo firme de teoría». 2. Una «heurística negativa»: principios metodológicos que tienen dos funciones: primera, proteger el núcleo firme de la refutación experimental (esto es, enseña a modificar las hipótesis auxiliares no a cambiar el núcleo firme, y segunda, desechar tipos radicalmente diferentes de intentos explicativos. 3. Una «heurística positiva»: un plan de cómo rectificar

También I. LAKATOS: *The Methodology of Scientific Research Programmes*, Cambridge University Press, 1978. Una aplicación de esta metodología al campo económico la realiza PEDRO SCHWARTZ en su trabajo «La definición de ciencia económica por Robbins: una crítica», en *Revista Española de Economía*, septiembre-diciembre 1972, págs. 16 y sigs. Asimismo, M. BLAUG: «Paradigms versus Research Programs», en *Economic Theory in Retrospect*, 3.ª ed., 1978, págs. 713 y sigs.; A. LEIJONHUFVUD: «Schools, Revolutions and Research Programmes in Economic Theory», en *Method and Appraisal in Economics*, Ed. S. Latsis, págs. 65 y sigs.

(34) I. LAKATOS: *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*, Editorial Tecnos, 1974, pág. 29.

(35) J. MUGUERZA: *Op. cit.*, pág. 43.

(36) *Vid.* la síntesis que hace N. KOERTGE: «La crítica inter-teórica y el desarrollo de la ciencia», en *Historia de la Ciencia*, *op. cit.*, pág. 125.

la complejidad de los modelos explicativos de la teoría. Con el transcurso del tiempo, el programa engendra una serie de teorías que participan del mismo núcleo firme, aunque cada una de ellas contradice a sus predecesoras a causa del cambio de sus hipótesis auxiliares. Un programa se encuentra en «fase progresiva», contribuyendo al progreso científico, cuando cada nueva teoría de él derivada añade un nuevo contenido empírico. De este modo no es prácticamente necesaria la refutación, ya que, digamos, el aterrizaje de la teoría se opera a través de «verificaciones» o corroboración del contenido empírico excedente de las sucesivas teorías. Mientras el programa es «rentable» —está generando teorías cada vez mejores— no hay posibilidad de atacar eficazmente su «centro firme». Pero cuando el programa entra en una «fase estancada» en que las últimas modificaciones teóricas no han tenido éxito y la heurística positiva no admite más replanteamientos se puede pensar que ha llegado la hora de abandonarlo.

P. Schwartz (37) considera que dentro de la historia del pensamiento económico deben distinguirse al menos siete programas. Resumimos su exposición:

1.º El iniciado con la «aritmética política» del siglo xvii y que continúa en el siglo xx con la escuela econométrica. Su formulación primitiva podría estar condensada en la siguiente frase atribuida a Charles Davenant: «en vez de usar sólo palabras comparativas o superlativas y argumentos intelectuales... expresarse en términos de número, peso y medida».

2.º El programa smithiano o clásico que trata de dar una explicación materialista del desarrollo social a través de la teoría del valor, la necesidad de acumulación y la presentación de una sociología económica formada por tres grupos —terratenientes, capitalistas y trabajadores—. Es el enfoque que Baumol bautizó como *magnificent dynamics* y en la que nace el modelo de explicación por máximos y mínimos y según el profesor D. F. Gordon.

3.º El programa marxista, cuyo «centro firme» estaría constituido por tres elementos: a) la lucha de clases; b) la realidad explotadora e inestable del sistema capitalista, por debajo de apariencias de imparcialidad de mercado y pretensiones de mecanismo

(37) SCHWARTZ: *Op. cit.*, págs. 23-25.

equilibrado, y c) la validez de las teorías es relativa y sólo tienen sentido conectadas con la acción.

4.º El de la escuela histórica alemana y el institucionalismo americano, revivido hoy en día en las obras de los economistas radicales americanos del Norte y el Sur. La economía para este programa no sería una ciencia independiente, sino una parte de la sociología.

5.º El marginalista, según la tradición utilitarista que va de Benthan a Edgeworth pasando por Jevons.

6.º El neoclásico, rama marginalista, pero distinto del anterior, que va desde Walras hasta el Samuelson de los *Foundations*. Es el que inspira a Patinkin cuando pretende reducir el sistema keynesiano a un caso particular del modelo neoclásico. Este programa, tras superar los primeros ataques de Chamberlin y Robinson por vía de la competencia imperfecta, quedó malherido con la publicación de la *Teoría General* de Keynes.

7.º El keynesiano. El profesor Schwartz dice que «desprestigiada la trampa de la liquidez, la única diferencia entre un modelo neoclásico y un modelo keynesiano parecía ser la rigidez de los salarios a la baja... Recientemente parece haberse conseguido encontrar el elemento diferencial del programa keynesiano, el que pretende el estudio de economías en desequilibrio: al faltar información sobre los precios de equilibrio, se realizan transacciones a precios falsos con los efectos subsiguientes sobre la renta de los transactores; concretamente, se realizan transacciones en el mercado de trabajo a tipos de salario que no llevan al pleno empleo (38).

Es evidente que la teoría de Lakatos resulta extremadamente sugestiva y ofrece un punto de vista interesante para interpretar la historia de nuestra disciplina. Pero, ¿aporta algo nuevo al análisis kuhniano? En otros términos, ¿qué diferencia existe entre un paradigma y un programa? En principio, la única que veo es que mientras el paradigma es juzgado por la comunidad científica, aceptándose o rechazándose, el programa avanza o se extingue de acuerdo con el peculiar concepto de verificación de Lakatos —si genera o no nuevas teorías con contenido empírico excedentario—. En otras palabras, Lakatos echa un salvavidas al neopositivismo para

(38) P. SCHWARTZ: *Op. cit.*, pág. 25.

seguir considerando a la ciencia como algo más que una creencia compartida por los científicos. Pero nos queda un comentario final: ¿en qué fase están los diversos programas económicos?, ¿cuándo podremos dar por extinguido, por ejemplo, el programa marginalista o el keynesiano? Realmente los programas de investigación económica parecen algo así como canteras que se abren o cierran según la coyuntura económica. Están ahí a la espera de generar teorías convenientes según las circunstancias.

Además, la historia del pensamiento económico no puede limitarse a la «historia interna» lakatosiana, es decir, a la historia de la alternancia de teorías con contenido empírico adicional y al cambio de objetivos de conocimiento. En las ciencias económicas los factores externos (sociológicos, institucionales, condiciones económicas, etc.) son demasiado relevantes para ser ignorados, aparte de que los puramente internos aparecen bastante indefinidos. A pesar de ello, el punto de vista de Lakatos es defendido en el campo económico por el profesor Mark Blaug, para quien la mayoría de los científicos se adhieren a programas que tienen un contenido empírico excedentario y desechan aquellos programas en los que falta esta característica. Cualquiera otra razón que lleva a los científicos a adscribirse a un campo de análisis constituiría un factor de la historia externa. De este modo, la «reconstrucción racional» de la historia de la ciencia ha de ser fundamentalmente interna, sin que ello suponga la exclusión de esporádicas referencias a los factores externos. Pero, como señala T. W. Hutchinson (39), tal historia primariamente interna aunque podría ser un ideal es incompatible con las interpretaciones de la mayoría de los historiadores de la economía. El mismo M. Blaug, tras señalar que la debilidad central de la ciencia económica es de hecho su incapacidad de producir teorías que proporcionen inequívocamente implicaciones refutables, sugiere que la metodología de los programas de investigación pueden no ajustarse a la historia de la economía. En efecto, los economistas pueden inclinarse por programas en fase regresiva incluso con la presencia de programas rivales progresivos.

(39) T. W. HUTCHINSON: *Op. cit.*, pág. 296.

5. PERSPECTIVA DE LA SOCIOLOGIA DEL CONOCIMIENTO

La sociología del conocimiento se refiere al estudio de las relaciones entre sistemas de ideas o creencias y otras fuerzas sociales y políticas, o entre la historia de las ideas y la historia de los hechos. Pero más que de relaciones, debe hablarse de interrelaciones, ya que se reconoce una influencia recíproca entre procesos sociales, por una parte, y modelos de la vida intelectual, por otra. Surgen, pues, dos vertientes en este tipo de análisis.

La primera es la influencia del contexto en el pensamiento. Veamos algunas de las afirmaciones de los cultivadores de la sociología del conocimiento (40). Para Werner Stark el postulado básico es el de que la estructura de la mente se acomoda a la estructura de la sociedad en la que se ejercita y todo conocimiento está generalmente conectado con una base cultural preexistente o sistema de valores. De aquí la naturaleza relativa del conocimiento. Por ello «el historiador no solamente reconstruye el pensamiento pasado, sino que lo reconstruye en el contexto de su propio conocimiento, y de ahí que en la reconstrucción lo critica, forma su propio juicio sobre su valor e incluso corrige cualquier error que encuentre en él» (41). Mannheim adopta una posición tal vez más moderada. Niega la idea de que la realidad histórica puede ser conocida de la misma manera que los objetos naturales. El observador, al estar inmerso en un proceso histórico-social, alcanza un tipo de verdad que constituye tan sólo una perspectiva parcial y sesgada, pero también permite una comprensión de profundo significado humano (42). Para estos autores, en definitiva, la verdad objetiva histórica existe, pero cualquier punto de vista es imperfecto y distorsionado. No ignoran la necesidad de hacer una «inmersión» en el período histórico sujeto a investigación familiarizándose con todos los aspectos relevantes del período, pero la interpretación estará necesariamente basada en perspectivas actuales subjetivas e influidas por los factores ambientales. La sociología del conocimiento contiene, pues,

(40) Vid. V. J. TARASCIO: «Intellectual History and The Social Sciences: The problem of methodological pluralism», en *Social Science Quarterly*, volumen 56, junio 1975, págs. 37-54.

(41) COLLINGOOD: *The Idea of History*, Oxford, 1946, pág. 320. Citado por Tarascio.

(42) Vid. *Essays on The Sociology of Knowledge*, Ed. Routledge, Londres, 1952.

un mensaje que podría sintetizarse en lo siguiente: así como el historiador no puede evitar ver el pasado a través del presente, los científicos sociales, entre ellos los economistas, a menudo ven el presente solamente a través del presente con sus influencias socioculturales. De aquí que exista un problema de la relevancia temporal —y espacial— de las teorías sociales en un entorno sociocultural cambiante. Este fue el punto central de los historiadores alemanes.

Evidentemente, hay dos puntos de vista contrapuestos: Por una parte, el llamado relativismo que ahora se ve reforzado por la moderna sociología del conocimiento, según el cual cada estructura socioeconómica determina un tipo de explicación o teoría económica que es válida exclusivamente para este contexto histórico. Surge por y explica el sistema económico imperante. Al cambiar éste, sus hallazgos sirven bien poco para el futuro. Esta es la concepción, por ejemplo, de Wesley C. Mitchell, que nos habla de los «tipos» de teoría económica desde el mercantilismo hasta el institucionalismo —pertenece al grupo de institucionalistas, como era de esperar—. Por otra parte, persiste con fuerza la tesis contraria, la absolutista, según la que el saber económico se va edificando por la acumulación de doctrinas y nuestra disciplina progresa del error hacia una verdad cada vez más universal. Esta es la posición, por ejemplo, de Blaug en su *Economic Theory in Retrospect* y en cierta medida la de Schumpeter. En otros términos, para ellos existe una única teoría económica que se va enriqueciendo con las sucesivas aportaciones del pensamiento económico.

Para los absolutistas, el relativismo no puede explicar fenómenos como la revolución marginal por consideraciones exclusivamente prácticas. En efecto, entre J. S. Mill y Jevons no hay un cambio de estructura económica que pueda explicar el cambio profundo de la perspectiva teórica. No obstante, los socialistas «científicos» vieron en el nuevo enfoque de la utilidad marginal una respuesta vulgar y burguesa al marxismo. Pero esta tesis no es del todo convincente. En efecto, como señala Blaug (43), la primera generación

(43) M. BLAUG: *Economic Theory in Retrospect*, Cambridge University Press, 3.ª ed., pág. 317. «El primer volumen de *El Capital* apareció en 1867 y no fue traducido al inglés hasta 1887. La "Notice" de JEVONS fue escrita en 1862 y publicada en 1863, mostrando una plena posesión de la teoría de la utilidad marginal e incluso de la teoría de la productividad marginal del capital... En sus años de formación, ni Jevons, Marshall, Menger, ni Walras han tenido

de marginalistas no conocía el pensamiento socialista y mucho menos el de Marx, y parece normal que la segunda, especialmente Böhm-Bawerk, utilizase la nueva metodología para atacar a la economía marxista. Si bien esto es cierto, puede pensarse en explicaciones alternativas dentro de la sociología del conocimiento. Una de ellas es la de N. Bukharin en su libro *Economic Theory of the Leisure Class* (1927). Para este autor —que cita Blaug— el marginalismo es la ideología de una sociedad de rentistas a la que había llegado la economía capitalista de entonces. El capitalista, distinto del empresario, no era más que un feliz rentista, eliminado ya por aquella época del proceso de producción. Y ésta es la razón por la que el marginalismo funda su análisis en la utilidad del consumidor.

La tesis anterior es efectivamente sugestiva. No obstante, el triunfo del marginalismo y su amplio desarrollo necesita una explicación más esencial (44). Una explicación de este tipo podría encontrarse en la propia revolución industrial y es bien simple y conocida. Con anterioridad a la misma hay prácticamente un solo *input* en los procesos de producción: éste es el agrícola (la producción de granos en los antiguos autores). Pero esta producción está sometida a las incertidumbres climáticas y su circulación aparece limitada no sólo por las leyes, sino también por la insuficiencia de los medios de transporte. Cuando no hay cosechas las clases rurales se empobrecen y no pueden comprar a los artesanos y de ahí que se produzca una crisis general. El *Tableau* fisiocrático es un buen ejemplo del funcionamiento de esta economía. Pero, con la revolución industrial y el perfeccionamiento de las comunicaciones con la máquina de vapor, la producción agrícola deja de ser el «cuello de botella» de la economía, ya que une a los climas más alejados, reduciendo o compensando las incertidumbres locales. Pero, además, la revolución industrial une a la producción agrícola otro bien fundamental, un nuevo *input*, el acero, que no está sometido a los caprichos de la atmósfera. De esta forma, la demanda potencial de acero y granos es suficiente para mantener el circuito

noticia de Marx...» Vid. también el trabajo J. S. DREYES: «The evolution of marxist attitudes toward marginalist techniques, en *History of Political Economy*, vol. 6, 1974, págs. 48-75.

(44) Vid. M. LUTFALLA: «Histoire de la pensée économique ou sociologie de la connaissance?», en *Revue d'Economie Politique*, septiembre-octubre 1968, páginas 998-1001.

indefinidamente. Y así el mantenimiento de la demanda resulta esencial y el nuevo motor de la economía es el consumo. De aquí que la teoría marginalista del consumo pase a primer plano y esto explica su gran difusión.

Pero, ¿quiere todo esto decir que las explicaciones pre o post-revolución industrial no sirvan para etapas posteriores? Es indudable que sí. Por citar algunos casos, es cierto que el *Tableau* de Quesnay ha servido para los esquemas marxistas de la reproducción, la interdependencia walrasiana, el circuito schumperiano y la matriz interindustrial de Leontief. Lo mismo habrá que decir de las teorías de Ricardo para el reciente modelo de M. Sraffa. Por tanto, hay un carácter acumulativo de los instrumentos económicos y se puede pensar en el progreso de nuestra ciencia. Pero esto de ningún modo implica que se excluya el punto de vista del relativismo. En otros términos, ciertas metodologías y técnicas de análisis antiguas pueden ser válidas intertemporalmente, pero las teorías derivadas de ellas es muy probable que no sirvan.

Los puntos de vista de la sociología del conocimiento y del relativismo fueron siempre defendidos por la mayoría de los disidentes de la economía ortodoxa, entre ellos los viejos y nuevos institucionalistas. Para ellos, el sistema económico no es más que una parte o subsistema de una compleja estructura de relaciones humanas o «realidad social». Pero esta realidad social es un proceso dinámico y no un balance estático. Por ello, las explicaciones acerca del sistema económico no sólo tienen que tener en cuenta la totalidad del sistema social, sino también el hecho de su dinámica. La microeconomía neoclásica y la macroeconomía keynesiana fueron elaboradas antes que el advenimiento de la sociedad opulenta del reducido número de países industrializados, pero también sin tener en cuenta las específicas condiciones del mundo subdesarrollado. En ambos ámbitos —por otra parte interrelacionados— las problemáticas económicas son bien diferentes a aquellas en las que surgieron las mencionadas construcciones teóricas. La diferencia básica entre las ciencias físicas y sociales no está en los métodos de investigación, sino en la diferencia de los datos que se analizan. Los datos del mundo social no sólo tienen una naturaleza cambiante, sino que llevan en sí mismas elementos intencionales, implican valores, fines o propósitos. La economía ortodoxa parece particularmente interesada en hacer una teoría objetiva, neutra o si se

quiere «fatal». Pero ¿qué hechos explica? Es evidente que aquellos que surgen en un determinado momento histórico y que reflejan todo un conjunto de ideas y valores más o menos dominantes en aquella época.

Para Myrdal, entre las fuerzas sociales que operan en las mentes de los investigadores ha de destacarse «por una parte, la tradición, y, por otra y de forma más decisiva, los intereses y prejuicios que dominan su ambiente». La tradición la representan formas de pensar y preconcepciones arraigadas que implican un factor de inercia que no es racional. Incluso los «herejes» de la economía, como Marx, estuvieron sometidos a «hechizos» como la filosofía de la ley natural. «Pero, naturalmente, lo más importante son las fuerzas en la sociedad que presionen a los economistas de forma que a través de su trabajo llegue a conclusiones que se adecúen a los intereses y prejuicios dominantes» (45). Y así, por ejemplo, el «arreglo» keynesiano de la ortodoxia venía impuesto por una constelación de intereses políticos debido a la gran depresión, el mayor poder de los trabajadores y un sufragio cada vez más amplio. Las nuevas circunstancias de la década de los setenta y las presentes están operando en el mismo sentido, pero de esta vez es posible que no valga un mero reajuste teórico. Se necesitan enfoques que tomen como punto de partida el contexto mundial de la economía.

Pero pasemos a la segunda vertiente de la sociología del conocimiento: la influencia del pensamiento en la realidad o en los hechos. Diversos filósofos de la historia, entre ellos R. G. Collingwood, han estimado un impacto importante del pensamiento económico sobre la historia económica. Sin llegar a enfatizar en exceso la famosa frase de Keynes de que «las ideas de los economistas y filósofos políticos» dirigen el mundo, ha de reconocerse una influencia considerable. Es indudable, pues, que la sociología de la ciencia nos proporciona un prisma alternativo para el análisis de la teoría económica y para ello podemos utilizar las tres categorías de pensamiento de Mannheim: realista, ideológico y utópico. El realista es el pensamiento de hombres prácticos que saben que el cambio es inevitable y que quieren guiar el cambio en direcciones constructivas en vez de destructivas. Proporcionan las bases para el cambio posible según las condiciones dinámicas de la realidad. El pensa-

(45) MYRDAL: *Op. cit.*, págs. 75, 81.

miento ideológico viene determinado por el deseo conservador de resistir cualquier cambio. Este tipo de pensamiento no se propone «encauzar», sino «frenar» el cambio y es típico de las personas que tienen intereses creados en el *status quo*. El tercer tipo de pensamiento para Mannheim es el utópico que es irreal e impracticable, ya que se trata de transformar completamente la estructura socio-económica vigente. Se trata del pensamiento de los reformistas radicales, cuyas ideas no son realizables ni influyen en los hechos que les son contemporáneos.

Una aplicación de estos conceptos a la historia del pensamiento económico la realizan L. E. Hill y R. L. Rouse (46), que comento brevemente.

Algunos precursores de la tradición clásica parecen haber sido utópicos, ya que cuando el pensamiento mercantilista estaba en su apogeo defendieron distintos grados de libertad económica y un *laissez faire* irrealizable por aquel entonces. Este grupo incluye a Petty —el precursor de la econometría—, D. North, N. Barbon y B. Mandeville. Sobre todo este último en su *The Fable of the Bees* defiende una utópica política de *laissez faire*, ejerciendo junto a los fisiócratas y a Hume una influencia directa en Smith. Pero también Smith comenzó con un pensamiento utópico que se refleja en su *Teoría de los sentimientos morales* (1766), y pasó a un pensamiento realista en *La Riqueza de las Naciones* (1776). Se ha dicho que esta obra de Smith se convirtió en el manifiesto del capitalismo industrial ofreciendo un sistema obvio y sencillo de libertad natural como alternativa al mercantilismo. Más difícil de catalogar, según los pensamientos de Mannheim, es la obra de Ricardo. Como se sabe, Ricardo trabajó sobre la base de un modelo teórico muy abstracto, no obstante intentaba analizar problemas económicos reales y de ahí está la teoría de los costes comparativos como fundamento del libre comercio internacional. Por ello su pensamiento debe considerarse como realista interpretando, de algún modo, el fenómeno real del desarrollo del capitalismo industrial.

Entre 1830 y 1850 el pensamiento clásico entra en una fase ideológica. Este fue un período de agitación socio-económica. A nivel teórico, los socialistas ricardianos llevaban la teoría del valor

(46) L. E. HILL, R. L. ROUSE: «The Sociology of Knowledge and the History of Economic Thought», en *American Journal of Economics and Sociology*, vol. 36, julio 1977, págs. 299-309.

de Ricardo hasta sus últimas consecuencias, poniendo en tela de juicio las bases del sistema capitalista. A un nivel más práctico, Robert Owens instigaba al nacimiento de los modernos sindicatos de trabajo. Pero, además, surgían los movimientos de tipo cooperativista y otros intentos de reforma no socialistas. Ante este ambiente, la «salida» más inmediata para salvar el sistema imperante era reafirmar la fundamentación clásica y de ahí que la economía clásica se transforme en una ideología conservadora. Con ciertas matizaciones, sería el caso del *Outline* (1836) de Senior, primer titular de la cátedra de Economía de Oxford, y de los *Principles* de J. S. Mill (1848).

La crítica de la escuela histórica alemana, de los socialistas y la pobreza de las últimas aportaciones mencionadas, hacían a esta doctrina inservible para la función ideológica, sobre todo cuando J. S. Mill renuncia a la teoría del fondo de salarios, el único eslabón de las armonías económicas. Era, pues, necesario un recambio teórico para llenar el vacío de las deficiencias de los clásicos. Sin entrar de nuevo en el polémico tema de si el marginalismo fue una reacción pseudocientífica e ideológica frente al marxismo, es evidente que constituyó un fuerte apuntalamiento del *status quo*. Para E. Hill y R. Rouse, esta predisposición ideológica es evidente en las obras de Böhn-Bawerk, *Capital e interés* y en *La teoría positiva del capital*, que sirvieron de defensa de la función económica del capital y de justificación moral de los pagos de intereses. Lo mismo sucedió más tarde con los *Principios* de Marshall, que reflejan, en opinión de los autores citados, «la ideología victoriana del conservadurismo moralizador» (47).

Dejando al lado la polémica que afirmaciones de este tipo han suscitado, lo cierto es que el marginalismo microeconómico necesitaba un modelo más realista de pensamiento. El intento se realiza a través de una nueva concepción del mercado como competencia imperfecta y en este sentido las aportaciones de Chamberlin y Robinson deben catalogarse como tipos realistas de pensamiento. El mismo intento lo realiza Keynes desde el punto de vista macroeconómico ante la quiebra del modelo neoclásico para hacer frente a la gran depresión. En este sentido, la teoría keynesiana constituye un buen ejemplo de mutua causalidad entre historia económica y

(47) L. E. HILL y R. L. ROUSE (1977), pág. 304.

pensamiento económico. La crisis de 1929 es el origen de la *Teoría General*, pero a su vez esta obra tuvo un impacto real e inmediato sobre la política económica de la época e influyó de forma decisiva hasta fechas bien recientes. Hacia 1960 la tesis keynesiana deja de ser operativa y pasa a ser un pensamiento ideológico, ya que ha agotado sus posibilidades explicativas al aparecer fenómenos nuevos como el paro estructural y, posteriormente, la estanflación.

Por otro lado, algunos economistas de la tradición austríaca, tales como Von Mises, pasaron a un nivel de abstracción tan elevado que su sistema debería describirse como utópico. En su obra *Epistemological Problems of Economics* llega a negar la legitimidad y necesidad de los procesos de verificación. También es cierto que sus aportaciones, eclipsadas por la economía keynesiana, tuvieron más tarde un evidente impacto en los economistas de Chicago. Concretamente, en el caso de M. Friedman, parece apreciarse una evolución desde el pensamiento utópico o un pensamiento realista. En política monetaria, en 1948, defendió la vuelta a un sistema de reservas del 100 por 100 (48). No obstante, en su obra *Capitalism and Freedom* (1962) esta concepción utópica desaparece en gran medida y sus propuestas constituyen alternativas que son seriamente analizadas y consideradas por los diferentes gobiernos.

Finalmente, en la tradición marxista parece apreciarse también la hipótesis de la dinámica utopía-realismo-ideología. Aunque Marx pretendió ser el primer «socialista científico», su pensamiento, desde el punto de vista de la clasificación de Mannheim, era claramente utópico. La prueba de ello es la doctrina «practicable» de Lenin, de adelantarse a los resultados del determinismo histórico por medio de la revolución y la «dictadura del proletariado». Pero, una vez que Stalin se había asegurado el control total de la Unión Soviética, la doctrina marxista-leninista se vuelve puramente ideológica en el sentido de que es la encargada de la defensa del *status quo*. Así los defensores del «antiguo régimen» apelaron a la misma raíz de las propuestas liberalizadoras de los años sesenta del profesor E. Libermann y para justificar la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968.

(48) M. FRIEDMAN: «A monetary and Fiscal Framework for Economic Stability, en *American Economic Review*, junio 1948. En 1960 seguía defendiendo esta idea, pero desde una concepción de la política monetaria más amplia y menos utópica (vid. *A Program for Monetary Stability*, New York, 1960).

En resumen, estamos ante una aproximación alternativa o, si se quiere, ante un programa alternativo de análisis del desarrollo del pensamiento económico. Un programa que evidentemente parece dar sus frutos y que, por supuesto, requiere estudios mejor documentados y de mayor profundidad. Sería ingenuo y anticientífico deducir de todo esto una «regularidad» en el cambio teórico del pensamiento económico. Lo único que se puede afirmar es que la escuela clásica y la marxista parecen haber evolucionado siguiendo las fases utópica, realista e ideológica. Pero el pensamiento neoclásico resulta más complejo, aunque, al menos en un principio, parecía ser ideológico. Finalmente, la rama keynesiana del neoclasicismo avanzó desde un pensamiento realista a la fase ideológica, mientras la escuela de Chicago se está volviendo realista.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Se han ido ofreciendo las conclusiones a lo largo del trabajo, siendo por ello innecesario plasmarlas aquí de nuevo. No obstante, haré algunos comentarios adicionales. He examinado diversos paradigmas de la ciencia económica, planteando la discusión de si las reformulaciones del modelo ortodoxo tenían o no rango de cambios paradigmáticos. También si los enfoques alternativos merecían el nombre de paradigmas. Y es evidente que en el fondo de esta cuestión está implícito el propio concepto de paradigma o, si se quiere, de «matriz ejemplar». Los modelos kuhniano y lakatosiano, diseñados sobre y para explicar el desarrollo de las ciencias de la naturaleza, difícilmente se ajustan al peculiar proceso de cambio teórico de nuestra disciplina. No obstante, ambos enfoques sirven para esclarecer algunas cuestiones de la dinámica científico-económica, por ejemplo, el hecho de que durante amplios períodos de tiempo los economistas no discuten los propios fundamentos de sus teorías al encontrarse bajo la influencia de un paradigma o de un programa de investigación.

La dialéctica hegeliana es posiblemente la aproximación más idónea al mostrarnos, entre otras razones ya expuestas, el papel de las «antítesis» surgidas al margen del paradigma principal. De cualquier forma, tanto la acumulación de «antítesis» como la concentración de «anomalías» son los factores que originan el cambio teórico.

tico. Los programas de investigación pretenden añadir algo nuevo a los dos enfoques anteriores esencialmente dialécticos. No obstante, tienen el inconveniente de que nos dicen bien poco acerca del proceso de cambio de las ideas económicas, ya que realmente no se sabe cuándo un programa debe darse por extinguido. La sociología del conocimiento replantea, en definitiva, el «eterno» problema de la validez intertemporal e interestructural de las teorías, pero su punto de vista sobre el cambio teórico se deriva, como hemos visto, inmediatamente de sus presupuestos de partida.

De todas formas, lo que parece claro es que las antítesis actuales a la llamada «síntesis neoclásica», los paradigmas competitivos del modelo tradicional, así como el cambio de las condiciones político-económicas —esto último para la sociología del conocimiento— nos indica que estamos ante un cambio teórico necesario y próximo que podría ser tal vez una síntesis ortodoxia-institucionalismo.

Dejamos a un lado la cuestión de si estos nuevos enfoques de la actual filosofía de la ciencia suponen algo más que un cambio de terminología aplicada a viejos conflictos conceptuales. Pero, aun admitiendo que se trata tan sólo de un replanteamiento formal de antiguas discusiones, creo que tendrán un impacto indudable en nuestra disciplina. En efecto, las escuelas alternativas de la ortodoxia intentarán definir desde ahora su «matriz ejemplar» —si parten del concepto de paradigma— y su «centro firme» (*hard core*) con su heurística positiva y negativa si prefiere la noción de programas de investigación. Esto les llevará a un reexamen de la consistencia y coherencia de sus bases conceptuales, de sus modelos y de sus teorías. Por su parte, los programas o el paradigma ortodoxo se verá forzado a tener en cuenta las conclusiones de la sociología del conocimiento, haciendo explícitas sus premisas de valor y dando cuenta al mismo tiempo del nivel informativo de sus modelos para el nuevo contexto económico y político.

Finalmente, una última observación. Hemos visto cómo los paradigmas de economía no llegan a desplazarse mutuamente, también cómo los programas persisten indefinidamente. Esto, unido a la propia esencia de la dialéctica hegeliana y al relativismo de la sociología del conocimiento, parece llevarnos a una forma peculiar de evolución de la ciencia económica: a un desarrollo cíclico, más bien que rectilíneo. En economía no hay «experimentos cruciales»

que sepulsen definitivamente programas, paradigmas o ideas. Por el contrario, aunque en el olvido, aquéllas permanecen a la espera de que algún día resulten útiles para resolver problemas prácticos o racionalizar posturas políticas. Si pudiéramos representar gráficamente la evolución del pensamiento económico a través del tiempo, nos encontraríamos, para cada teoría, con representaciones de algún modo semejantes a las de los ciclos de la actividad económica. Hay períodos que reflejan un crecimiento rectilíneo, al menos en los confines de cada paradigma, luego aparecen épocas de evidente crisis, de revisiones metodológicas y renacimiento de antiguas ideas o la emergencia de otras nuevas. Desde luego, casi nada definitivo se puede afirmar sobre esta interesante cuestión, pero lo cierto es que la misma está mereciendo la atención de economistas de primera línea como Myrdal, Bronfenbrenner y Neumark. Este último (49) intenta encontrar el desarrollo cíclico a través de diversos ejemplos, entre ellos, la alternancia de las teorías liberales e intervencionistas, proteccionismo-librecambio, autarquía-economía mundial, concepciones nominalistas y metalistas del dinero e incluso con respecto a los cambios de concepción de la deuda pública. Pero es obvio que la cuestión exige estudios de mayor profundidad y documentación y, de algún modo, dichos estudios nos pondrían de manifiesto el grado de correspondencia temporal y causal entre las crisis reales y las teóricas.

BIBLIOGRAFIA

- BLAUG, M., «Paradigms versus Research Programmes in the History of Economics», en *Method and Appraisal in Economics*, ed. S. Latsis, 1976, págs. 149 y sigs.
- BLAUG, M., «Economic Theory in Retrospect», Cambridge University Press, 3.ª ed., 1979, págs. 719 y sigs.
- BRONFENBRENNER, M., «The Structure of Revolutions in Economic Thought», en *History of Political Economy*, Spring, 1971, págs. 136-151.
- BRONFENBRENNER, M., «Trends, Cycles and Fads in Economic Writing», en *American Economic Review*, n.º 2, mayo 1966, págs. 538-558.
- COATS, A. W., «Is There a Structure of Scientific Revolutions in Economics?», *Kyklos*, vol. 22, n.º 2, 1969, págs. 289-296.
- HEILBRONNER, R. L., «Is Economic Theory Possible?», en *Social Research*, vol. 33, 1966, págs. 272-294.
- HILL, L. E.; ROUSE, R. L., «The Sociology of Knowledge and the History of Econo-

(49) F. NEUMARK: «Zyklen in der Geschichte Ökonomischer Ideen», en *Kyklos*, vol. 28, 1975, págs. 257-285.

- mic Thought», en *American Journal of Economics and Sociology*, vol. 36, julio 1977, págs. 209-309.
- HUTCHINSON, T. W., «On revolutions and Progress in Economic Knowledge», Cambridge University Press, 1978.
- KUNH, T. S., «La estructura de las revoluciones científicas», F.C.E., México, 1971.
- KUNH, T. S., «Segundos pensamientos sobre paradigmas», ed. Tecnos, 1978.
- KUNIN, L.; WEAVER, F. S., «On the Structure of Scientific Revolutions in Economics», en *History of Political Economy*, vol. 3, 1971, págs. 391 y sigs.
- LAKATOS, I., «The Methodology of Scientific Research Programmes», Cambridge University Press, 1978.
- LEIJONHUFVUD, «Schools, Revolutions and Research Programmes in Economic Theory», en *Method and Appraisal in Economics*, ed. S. Latsis, págs. 65 y sigs.
- LUTFALLA, M., «Histoire de la pensée économique ou sociologie de la connaissance?», en *Revue d'Economie Politique*, septiembre-octubre 1968, págs. 998-1001.
- MUGGERZA, J., «La teoría de las revoluciones científicas (una revolución en la teoría contemporánea de la ciencia)», en LAKATOS, I.; MUSGRAVE, A. (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, ed. Grijalbo, 1975, págs. 13 y sigs.
- MYRDAL, G., «Contra la corriente. Ensayos críticos sobre la Economía», Ariel, 1980.
- NEUMARK, F., «Ziklen in der Geschichte Okonomischer ideen», *Kyklos*, vol. 28, 1975, págs. 257-285.
- REYNOLDS, L., «The Nature of Revolutions in Economics», en *Intermountain Economic Review*, vol. 7, 1976, págs. 25-33.
- SCHWARTZ, P., «Los programas de investigación en Economía», en su trabajo «Definición de Ciencia Económica por Robbins: una crítica», en *Revista Española de Economía*, septiembre-diciembre 1972, págs. 16 y sigs.
- SHAPERE, D., «The Structure of Scientific Revolutions», en *Philosophical Review*, vol. LXXIII, 1964, págs. 383-394.
- WORSWICK, G. D. N., «Is progress in Economic Science Possible », en *The Economic Journal*, marzo 1972, págs. 73-86.
- ZINAM, O., «Search for a Logic of Change in Economic Theories: Evolution, Revolutions, Paradigmatic Shifts and Dialectics», en *Rivista Internazionale di Scienze Economiche e Commerciali*, febrero 1978, pág. 156-186.